



Exposición Nacional de Bellas Artes.—«Ayer», cuadro de Joaquín Valverde que ha obtenido primera medalla.



Exposición Nacional de Bellas Artes.—«Adán y Eva», cuadro de R. de Velasco premiado con segunda medalla.

La parábola de los valores en la Exposición Nacional.

Los artistas consagrados, aquellos a quienes una larga carrera, aureolada al fin por una gloria contra la cual sólo pueden producir transitorios eclipses y pasajeros silencios los ataques de las generaciones inmediatas, no suelen concurrir a las Exposiciones Nacionales. Se desentienen pronto de una lucha que saben, por experiencia y dolor, harto estéril y penosa.

Ya no tienen nada que ganar en ellas y sí se exponen a perder bastante. Sólo quienes aun pretenden lograr la máxima recompensa, la Medalla de Honor—suprema categoría del escalafón artístico—, acuden a mezclarse en la contienda electoral y desafían las miradas indiferentes u hostiles de los jóvenes y la opinión fluctuante de la crítica.

Pero no faltan, sin embargo, los desinteresados, los que a nada aspiran sino al agrio placer de sentir y cotejar sus obras en medio de la contradanza de estilos, escuelas, tendencias y modas que supone una Exposición colectiva y heterogénea.

Se ha pensado más de una vez en cómo importaría recompensar el desinterés y estimular la atención de los otros, de los reacios a mezclarse nuevamente en una lucha ya desprovista de aliciente honorífico o práctico para ellos.

La Medalla de Honor no es bastante, y compromete demasiado; arroja una luz cruda sobre un prestigio de ayer. Se han añadido las sendas Medallas de Oro del Círculo de Bellas Artes (que este año, por primera vez, tendrá una consignación de siete mil pesetas) y de la Asociación de Pintores y Escultores.

Pero no basta. Importaría ofrecer a los que ya tienen la primera Medalla, si no otra recompensa de ese género, algo que les compensara del riesgo de una revisión anacrónica o de la amargura de un ataque a destiempo. Adquisiciones, por ejemplo, para Museos; distinciones honoríficas, méritos en posibles concursos y oposiciones.

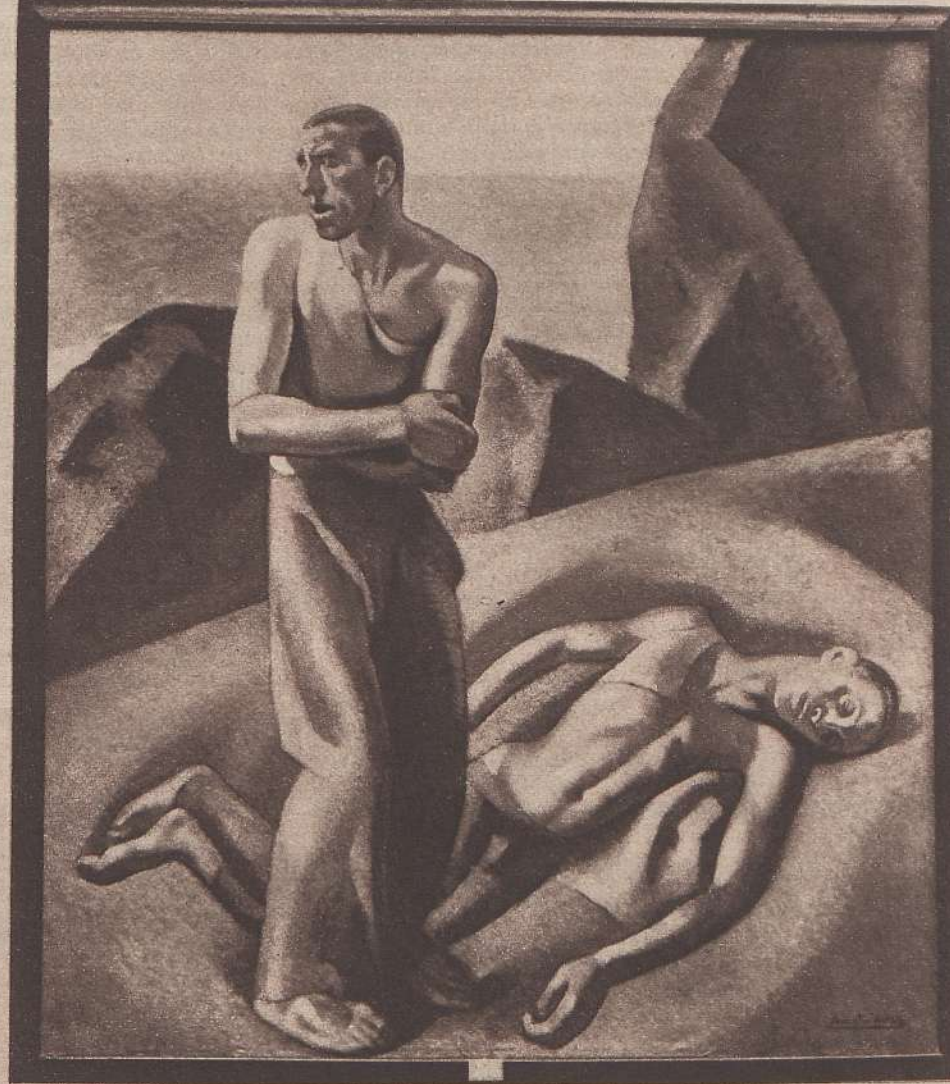


Este año son pocos los artistas de esa categoría que a fuerza de años y de merecidos triunfos les sitúa al margen de las Exposiciones Nacionales, y que, sin embargo, tienen la noble inquietud de concurrir a ellas.

Pudiéramos decir que son los representantes de la primera de las tres generaciones que suelen estar en juego, ya destacado y ecoico dentro de cada período artístico. Esas tres generaciones se pueden clasificar del modo siguiente: la de artistas de veinte a treinta años, la de artistas de treinta a cincuenta, la de artistas de cincuenta a setenta.

Y no se piense—me apresuro a advertirlo—que el hecho fisiológico califica de antemano la cualidad estética. En estas tareas del espíritu nada importa en contra—y sí algunas veces en favor—los años. Lozanía y juvenilia fragantes puede ostentar la obra del sexagenario, mientras aparezca prematuramente envejecida la del que apenas bordea la treintena. Y no porque a los ojos impavidos y el gusto tornadizo de las muchedumbres recién llegadas a una aparente responsabilidad social parezcan mejor las audacias nuevas que las serenidades antiguas, es menor el mérito y más pobre la verdad de esta última.

Entre los que luchan por la Medalla de Honor encontramos a don Juan Espina—quien rebasa con sus ochenta y cuatro años aquel límite, acaso arbitrario, señalado a la primera generación—con dos paisajes, síntesis de su tendencia realista, creados con un vigor perenne de mirada, de mano y de corazón; a Eliseo Meifren, que también ha logrado gallardamente la frescura y brío juveniles en un tema reiterado y paralelo a su historia artística: la romántica, la pura playa catalana de Cadaqués; a José Gutiérrez Solana, gran capitán de los sienas, los ocos, los negros y el recio dibujo constructivo: gran maestro de la espanolera acre, violenta, enfebrecida y oliente a realidad exaltada. Encontramos también a Eugenio Hermoso, que reitera con la silueta grácil, humilde y afable de *Amarinda*, aquella *Rosa* de hace veinte años...



Exposición Nacional de Bellas Artes.—«Los hombres del mar», cuadro de Aurelio Arteta, al que se ha otorgado primera medalla. (Fots. Cortés)

Pero importa revelar igualmente la aportación generosa de los que concurren libres de toda pretensión:

Marceliano Santa María, en primer lugar, que con su *Calleja sombría*—uno de los mejores, de los más admirables paisajes de toda la Exposición—da la medida de un gran talento de paisajista.

Y está, igualmente, Elías Salaverría con una nueva modalidad reconcentrada, depurada, quintaesenciada, de su antigua creación de *Iñigo de Loyola*, que acaso es la más henchida del espíritu hondo y temible del Fundador.

Moreno Carbonero añade otro jugoso escolio a esa larga serie de los dedicados a la monolítica creación cervantina. Otra vez por tierras de España *El Caballero de la Triste Figura*, en hábil y luminoso contraste de la alegre naturaleza.

Y Martínez Cubellis, marinista de recia contextura; y Joaquín Mir, que no por ostentar ya la suprema categoría desdénia traer sus lienzos de Montserrat; y Francisco Llorens, con la gracia clara, eglógica, de sus campiñas y marismas galaicas.